

así de su modo de vivir como de su capacidad, los recibió con amor paternal; y sabiendo que los mas no eran sacerdotes, los dió licencia para que los pudiese ordenar cualquiera obispo que ellos escogiesen, y tambien para el viaje de la Tierra Santa, aunque les insinuó la dificultad de poder hacerle. Vueltos á Venecia, todos hicieron voto de pobreza y de perpetua castidad en manos del nuncio monseñor Veralli. Ordenado S. Ignacio de sacerdote con sus compañeros, se dispusieron todos con sus ejercicios de cuarenta dias para celebrar la primera misa.

Es fácil discurrir cual seria la devocion de nuestro Santo durante el divino sacrificio; arrojaba fuego su semblante, saliéndole al rostro el incendio que abrasaba su corazón; las dulces lágrimas que derramaba se las hacia derramar á todos los asistentes; todos creian ver en el altar un serafin viendo al nuevo sacerdote.

Impedido el viaje de la Tierra Santa por la guerra que los venecianos acababan de declarar al Turco, para cumplir la segunda parte del voto, partieron todos á Roma para ofrecerse á la disposicion del sumo pontífice; determinaron que se anticipase S. Ignacio, acompañado de Fabro y de Laynez; pero antes de separarse quedaron de acuerdo en observar cierto uniforme género de vida. Las reglas que se obligaron á seguir fueron las siguientes:

Primera: Que siempre se hospedarian en los hospitales, y solo vivirían de limosna. Segunda: Que enseñarian la doctrina á los niños, y no recibirían dinero por las funciones de sus ministerios. Tercera: Y por cuanto muchas veces los preguntaban quienes eran, los dijo S. Ignacio, que habiéndose juntado para declarar la guerra á los herejes y á la disolucion de las costumbres bajo la bandera de Jesucristo, no convenia á su compañía otro nombre que *el de la Compañía de Jesus*. Desde que nuestro Santo se retiró á la cueva de Manresa tuvo siempre este nombre en su corazón, y se confirmó mucho mas en retenerle con la vision que tuvo en el camino de Sena á Roma, porque retirándose á hacer oracion en un edificio antiguo y arruinado, se le apareció Jesucristo con una cruz áuestas, y le dijo: *Yo os seré propicio en Roma*. Llegó á aquella ciudad con Fabro y Laynez hacia el fin del año de 1537. Aceptó con gusto el papa Paulo III su voluntaria oferta; quiso que Laynez y Fabro enseñasen en el colegio de la Sapiencia, el primero teología escolástica y el segundo la sagrada Escritura, mientras Ignacio, bajo su pontificia autoridad, trabajaba en la reformacion de las costumbres por medio de los ejercicios. No dudando ya el Santo ser la voluntad de Dios que su Compañía se erigiese en religion, llamó á Roma á todos sus com-

pañeros; dispuso el plan del instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto, de ir á cualquiera parte donde los enviase el sumo pontífice para trabajar en la salvacion de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Reconoció Paulo III visiblemente el dedo de Dios en el nuevo instituto: alabóle, aprobóle, y confirmóle bajo el nombre de *Compañía de Jesus* por su bula *Regimine militantis Ecclesiae*, dada á 27 de setiembre de 1540.

Apenas habia nacido esta Compañía cuando pretendió ahogarla cierto hereje en hábito religioso, acusando á Ignacio ante el gobernador de Roma de hereje y de hechicero, y que como tal habia sido quemado en estatua en Alcalá, París y Venecia. No asustó á nuestro Santo esta calumnia, y mas habiendo ya pronosticado que la Compañía tendria la dicha de ser perseguida mientras hubiese en el mundo enemigos de Jesucristo. Fué castigado el calumniador, quedando Ignacio plenamente justificado y mas admirada que nunca su virtud. Mas tuvo que padecer su humildad en la violencia que le hicieron, cuando á pesar de sus razones, de sus ruegos y de sus lágrimas, por unánime consentimiento de todos fué electo general de la Compañía, cuyo fundador y padre era. Despues de tan digna eleccion, todos los padres juntos visitaron las siete iglesias de Roma: pararon en la de S. Pablo, donde el nuevo general celebró el santo sacrificio de la misa, dió la comunión á todos sus hijos, y recibió su profesion despues de haber hecho el Santo la suya en manos del papa.

Conocióse luego que era obra del Señor la nueva Compañía de Jesus, no solo por los grandes servicios que aquellos nuevos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reformacion general de las costumbres, sino tambien por los maravillosos efectos de su zelo, que en menos de dos años se hizo admirar en todas las partes del mundo. Apenas fué aprobada y confirmada por la silla apostólica la Compañía de Jesus, cuando Ignacio tuvo el consuelo de que casi todas las ciudades de Italia, de España, de Portugal, de Sicilia, de Alemania y de los Países-Bajos le pidieron obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo que el zelo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de la salvacion y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo la Asia, la Africa y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias.

Javier, apóstol del nuevo mundo, cada dia conquistaba nuevos reinos á Jesucristo. Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y el fervor en la corte de Portugal, y el rey habia fun-

dado el primer colegio de la Compañía en la universidad de Coimbra para seminario de apóstoles del nuevo mundo. Alfonso Salmeron y Pascual Brouet estaban en Irlanda como nuncios del papa para mantener la fe católica entre aquellos pueblos á quienes el rey Enrique VIII solicitaba pervertir con todo género de artificios. Claudio Jayo hacia que la Iglesia romana triunfase en Alemania á pesar de todos los esfuerzos y de todas las maniobras de los luteranos. Laynez y Salmeron (llamados de Irlanda) fueron enviados al concilio de Trento como teólogos del pontífice; Jayo vino tambien á él desde Alemania por teólogo del obispo de Ausbourg; Fabro fué igualmente enviado al mismo concilio como uno de los hombres mas sabios de su siglo. Cismáticos, herejes y gentiles, todos se rendian á aquellos nuevos soldados de Jesucristo, animados del espíritu y del zelo de su padre Ignacio; y como si no fuese bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en la Europa y en el Asia, á instancias del rey de Portugal envió á los reinos de Fez y de Marruecos á los padres Nuñez y Gonzalez. En fin, bajo los auspicios del mismo monarca llevaron los jesuitas la fe hasta la Etiopia occidental en el reino de Congo y hasta la misma América meridional.

Pero al mismo tiempo que Ignacio aprontaba tan escelentes obreros al Padre de familias, nada negaba él mismo al ardor abrasado de su zelo. Fundó en Roma una casa para los judíos convertidos; y halló forma para fundar otra de refugio donde se recogiesen las mujeres de mala vida. Pero la caridad que ejercitaba con los estraños no le olvidó de la que debia á sus propios hijos y á la Compañía. Compuso las constituciones y las reglas de su religion, en las cuales tantos sumos pontífices reconocieron visiblemente el espíritu de Dios y una consumada prudencia. Prohibió á Claudio Jayo cuando estaba en Trento, que aceptase el obispado de Trieste, que el papa y Ferdinando, rey de romanos, le querian dar, obligando despues á sus hijos á que hiciesen voto de renunciar las dignidades eclesiásticas.

Endulzaba el cielo los escesivos trabajos de nuestro Santo, dándole el consuelo de ver que todas las naciones y los soberanos solicitaban ansiosos tener hijos suyos en todas partes; y supo que el rey de Portugal habia fundado en Goa un colegio un año antes que hubiese colegio alguno en Europa; pero fué mayor su gozo cuando tuvo noticia de los felices sucesos con que la Compañía hacia la guerra á todos los herejes en Alemania, en Francia y en los Países-Bajos, y sobre todo cuando vió al duque de Gandía, D. Francisco de Borja, renunciar todos sus estados, y venir á echarse á sus pies para ser recibido en la Compañía.

En medio de tantos motivos de gozo y de consuelo no se le templó el ansia que tenia de renunciar el generalato para entregarse á una vida oscura y particular; pero todas las tentativas que hizo, y todos los medios de que se valió, solo sirvieron de dar mayor realce á su eminente virtud, y de obligar á que los sumos pontífices Paulo III, Marcelo II y Paulo IV le mandasen que no volviese á hablar en la materia.

Serian menester muchos crecidos volúmenes para referir todas las maravillas de este hombre estraordinario. Habia mucho tiempo que su salud, consumida con tantos trabajos y con sus continuas penitencias, se iba debilitando mas de día en día, cuando reconoció que se acercaba su última hora. No se advirtieron otras señales de enfermedad, que la estraordinaria alegría y devocion que se le notó. Ni las ocupaciones esterores, ni los negocios de mayor disipacion fueron nunca capaces de distraerle un momento de su íntima union con Dios. No hubo hombre mas interior, mas lleno de Dios, ni más muerto á las criaturas y á sí mismo. Dotado de un sublime don de contemplacion, todas sus oraciones eran éstasis; y se puede decir que toda su vida fué una continua oracion. Un volver los ojos al cielo, un ponerlos en una flor, en una estrella, era bastante para arrebatarle en éstasis y en raptos, durante los cuales, inmóvil é insensible, se le oia esclamar trasportado de amor: *¡Qué asquerosa me parece la tierra cuando miro al cielo!* Levantaba hácia él frecuentemente los ojos; y tanto que los que no sabian como se llamaba, no daban otras señas para distinguirle sino decir: *Aquel hombre que siempre está mirando al cielo, y siempre habla de Dios.* Cuando rezaba el oficio divino eran tantas las lágrimas que derramaba, que se veia precisado á hacer pausas en cada versículo, y en el altar todo era suspiros y llanto á cada palabra. Su divisa era: **AD MAJOREM DEI GLÓRIAM; A mayor gloria de Dios,** pero no se contentaba con glorificar á Dios como quiera, aspiraba á hacerlo con el modo mas escelente y mas perfecto. Su ternura y su devocion con la santísima Virgen correspondian á su grande amor del Señor; despues de Dios en ella ponía toda su confianza, y quiso que esta tierna devocion caracterizase en parte su Compañía.

No era posible mayor mortificacion ni mas profunda humildad. Arrebatado un día en espíritu, elevado de la tierra y rodeado de un celestial resplandor, se le oyó esclamar: *¡O Dios infinitamente bueno, pues sufris un miserable pecador como yo!* Esta profunda y no menos ingeniosa humildad negó á nuestra noticia gran número de prodigios y de acciones heroicas, que por confesion de los sumos pontífices y de todos los grandes homi-

bres que le conocieron, constituyeron á Ignacio uno de los mayores santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era mas que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el Santo no se engañó; hizo que le administrasen los santos sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya se llegó*, dijo al P. Polanco, *id, y pedid al papa la bendicion para mí, y una indulgencia por mis pecados. Pues qué*, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree que es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana? Haced lo que os pareciere*, respondió el Santo, temiendo que si insistía en la órden se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un continuo éstasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron ya agonizando. Acudieron todos los padres, deshaciéndose en lágrimas, y pidiéndole su bendicion. Polanco fué con diligencia al palacio pontificio, y el papa le concedió con gran dolor y con no menor benignidad todo lo que le pedia; mientras tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y volviéndolos despues hácia sus hijos, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria; juntando despues las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus y de Maria, espiró dulcemente una hora despues de salido el sol, en el día último de julio del año 1536, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco despues de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla estendida por todo el universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo menos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del P. Antonio Criminal y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que todos tres perdieron la vida por la fe á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los Santos. En toda la ciudad de Roma solo se oían estas palabras: *Murió el Santo*. Enjugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenían en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma S. Felipe Neri cuando murió Ignacio, y habló de él despues de muerto como siempre habia hablado durante su vida: decia que era un hombre todo lleno del espíritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que él le habia enseñado á tener ora-

cion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Mientras se le hacia el oficio de difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó que la enferma sanaria si pudiese tocar el cadáver del Santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa que hubiese usado el siervo de Dios. Hizolo el P. Vischaven, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dejar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada día obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, movieron al papa Paulo V, precediendo el proceso y demás jurídicas informaciones, á beatificarle el día 3 de diciembre del año de 1609; y el papa Gregorio XV, á ins-tancia del emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia, Portugal y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con S. Francisco Javier, S. Felipe Neri, S. Isidro Labrador y Sta. Teresa, el día 12 de marzo del año de 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor el día 19 de noviembre del año de 1597, en la célebre iglesia de Jesus, que habia edificado el cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el P. Tirso Gonzalez, décimotercio general de la Compañía de Jesus, dedicó al santo fundador, está reputada por la mas rica y mas magnífica que hay en el mundo.

#### SAN JUAN COLUMBINI, CONFESOR Y FUNDADOR DEL ÓRDEN DE JESUATOS.

**E**STE Santo era descendiente de una de las familias mas antiguas y nobles de Sena; y electo primer magistrado de aquella república; desempeñó las obligaciones todas de aquel cargo con integridad y honor, y con gran satisfaccion de sus compatriotas. Pero estaba muy lleno de pasiones, y su corazon muy embebido en las cosas del mundo, y entregado á la confusion y multitud de sus negocios, vanidades y ambicion, de modo que apenas parecia tener lugar para respirar, y menos para pensar en la eternidad. Un día despues de haber estado toda la mañana decidiendo causas en su tribunal, se fué á casa muy fatigado, y no hallando la comida dispuesta prorumpió en una violenta pasion de ira. Su mujer puso en sus manos un libro de las vidas de los Santos; pero le arrojó en el suelo. En el mismo momento sintiéndose avergonzado de su misma pasion le volvió á levantar, y sentándose á leer le ocurrió la vida de Sta. María Egipcíaca. Leyóla con tan-